DIEGO BARROS ARANA

HISTORIA GENERAL DE CHILE

TOMO I

EDITORIAL UNIVERSITARIA

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

las había hecho mirar con indiferencia los progresos de los españoles en las comarcas vecinas. La conquista española no se había hecho sentir en esa porción del territorio; y sus habitantes seguían gozando en perfecta paz de la libertad a que estaban acostumbrados.

Esta región, hemos dicho, era la más poblada del territorio chileno antes de la Conquista. La población estaba agrupada principalmente en las faldas de la cordillera de la Costa donde gozaba de un suelo fértil, de un clima templado y de la proximidad del mar que le suministraba un alimento abundante. Valdivia no podía medir el vigor y los recursos de esas tribus ni los peligros que envolvía el pensamiento de dominarlas con el puñado de hombres que formaban su ejército. Los triunfos constantes de los españoles, la fortuna con que hasta entonces habían vencido todas las resistencias, casi sin experimentar pérdidas, exaltaron de tal suerte la confianza de Valdivia, que llegó a persuadirse de que nada podía complicar sus proyectos de conquista. El arrogante caudillo se creía próximo a llegar a la cima de su engrandecimiento, cuando en realidad marchaba inconscientemente a una ruina desastrosa.

El desprecio que le inspiraban los indígenas lo movió a penetrar en aquel territorio que todavía no habían pisado sus caballos. Como si quisiera avasallarlos en el centro mismo de su poder y de su fuerza, mandó fundar dos fuertes, uno en la falda occidental de la cordillera de la Costa, con el nombre de Tucapel, y otro un poco más al sur, y en la falda oriental de la misma cordillera, con el nombre de Purén. En los llanos vecinos a este último, que los indios llamaban Angol, y en las márgenes de uno de los afluentes del Biobío, y por tanto en medio del valle central, ordenó levantar una ciudad que llamó de los Confines. Debían poblarla algunos vecinos de Concepción y de la Imperial a quienes asignó repartimientos en aquellos lugares. Aunque esos fuertes no estaban defendidos más que por un número muy reducido de soldados, los indios no opusieron en el primer momento una resistencia seria a esta invasión. Los conquistadores comenzaron a creer que no tenían nada que temer, dieron principio a la construcción de sus casas en la nueva ciudad y, aun, iniciaron la explotación de los lavaderos de oro[20].

6. Preparativos de los indios para un levantamiento: atacan y destruyen el fuerte de Tucapel

Aquella tranquilidad no podía ser duradera. Pasada la primera sorpresa que había producido la vista de las armas y de los caballos de los conquistadores, los indios, privados de su libertad y obligados a trabajos que detestaban, comenzaron a mostrarse inquietos, y parecían aguardar una circunstancia propicia para levantarse contra sus opresores[21]. Los prime-

[20] Ni las crónicas ni los documentos fijan la fecha de estas nuevas fundaciones. El encadenamiento natural de los sucesos deja ver que debieron tener lugar en la primavera de 1553.

[21] Don Alonso de Ercilla, cuyo poema, como tendremos ocasión de verlo más adelante, es ordinariamente un documento de incontestable valor histórico, refiere en el canto II de *La Araucana* que los indios prepararon su levantamiento celebrando una asamblea a que concurrieron casi todos los señores o caciques de la tierra. El poeta describe esa asamblea con animado colorido, hace intervenir a un cacique anciano llamado Colocolo, el Néstor de su poema, en cuya boca pone un discurso digno de Homero, Colocolo decide a los indios a que reconozcan por jefe al más esforzado de todos ellos, al que tuviese más tiempo sobre sus hombros un pesado madero, que según su

ros síntomas de rebelión se hicieron sentir en las cercanías del fuerte de Tucapel en los primeros días de diciembre de 1553. Los indios atacaron y desbarataron al capitán Diego de Maldonado, que marchaba con cinco castellanos del fuerte de Arauco al de Tucapel. Tres de éstos sucumbieron en la pelea, y Maldonado y uno de sus compañeros sólo pudieron hallar su salvación en la fuga. El levantamiento de los indios de esa comarca se acentuaba más y más cada día. Los pocos españoles que defendían Tucapel, estaban mandados por un capitán vizcaíno llamado Martín de Ariza, hombre experimentado en las guerras contra los indios, y acostumbrado a vencerlos. Esta vez, sin embargo, se alarmó a la vista de la insurrección que asomaba, y procedió inmediatamente a apresar a algunos de los caciques de los alrededores. Todas las medidas de rigor que Ariza tomó para hacerles declarar sus aprestos bélicos fueron infructuosas. Pero, aunque los indios guardaron perfectamente su secreto, el capitán español se creyó en el caso de dar cuenta de todo a Valdivia, y de pedir que se le enviasen auxilios a la mayor brevedad[22].

---

descripción, no habría podido levantar hombre ninguno. El vencedor en esta prueba fue, según el poeta, un cacique joven, de arrogante figura, aunque privado de un ojo, y dotado de las más raras cualidades de valor y de prudencia. Este cacique, llamado Caupolicán en el poema, fue proclamado general en jefe.

No se necesita mucha perspicacia para desechar el todo o la mayor parte de este pasaje como una hermosa invención poética. Así, pues, los historiadores no han aceptado el cuento del madero, y no han tenido mucha confianza en la existencia de Colocolo, acerca del cual no se halla referencia alguna en otra relación antigua. Aun adoptando como verdadera la noticia de que tuvo lugar aquella asamblea de los indios, la crítica tiene que apartar como puras invenciones todos aquellos rasgos poéticos con que Ercilla ha dado cierto colorido caballeresco al levantamiento de esos bárbaros. Su poema, fuente histórica de primer orden cuando se le sabe aprovechar, ha contribuido más que cualquier otro escrito a propagar las ideas más falsas sobre los indios de Arauco, presentándonoslos como movidos por esos altos sentimientos que no se hallan jamás en las civilizaciones inferiores, sujetos a planes vastos y complicados, y ligados todos entre sí por los vínculos de una estrecha nacionalidad. La historia, que tiene que admirar sin reserva el heroísmo casi sobrehumano que los indios desplegaron para combatir a sus opresores y para reconquistar la independencia de la vida salvaje, no puede revestirlos de cualidades y de sentimientos que nunca se han hallado y que no pueden hallarse en las sociedades que no han alcanzado un mediano desenvolvimiento moral e intelectual.

Por nuestra parte, nosotros no creemos que tuvo lugar la asamblea general de los indios de que habla Ercilla, a lo menos en el momento en que la coloca el poeta. La formidable insurrección de fines de 1553 comenzó por el levantamiento aislado de una tribu que quería deshacerse de los invasores que oprimían la comarca de Tucapel. El primer triunfo de esa tribu alentó a las otras, cundió en pocos días el sentimiento de la rebelión y de la venganza, y la resistencia tomó al fin el carácter de general.

Tampoco aceptamos que antes del principio del levantamiento, los indios hubiesen elegido un jefe superior a todos ellos, y que ese jefe fuera Caupolicán. Es cierto que otro cronista muy autorizado, Góngora Marmolejo, habla de un Queupulicán, señor o cacique de Pilmaiquén, que hizo cruda guerra a los españoles y que fue ejecutado por éstos. Pero la aparición de Caupolicán o Queupulicán, es muy posterior a los primeros sucesos del levantamiento, de tal suerte que su nombre no se halla en ningún documento o relación que se refiera a esos sucesos, al paso que se habla de Lautaro como del verdadero promotor de la insurrección. Parece que Ercilla, con el propósito de dar interés a su poema mediante la unidad de héroe, ha puesto en escena a Caupolicán desde los primeros días de la lucha, y por lo mismo mucho antes que figurase realmente. Este procedimiento no debe parecer raro en la epopeya. En el siglo de Ercilla, la historia misma no estaba libre de estas adulteraciones a que los contemporáneos no daban importancia.

[22] Mariño de Lobera, cap. 42, cuenta que la insurrección de los indios comenzó por la muerte de los tres españoles de que hemos hablado en el texto. Este hecho está confirmado por la carta del cabildo de Santiago a la Real Audiencia de Lima de 26 de febrero de 1554, y por la carta de los tesoreros u oficiales reales al Rey, de 10 de septiembre de 1555, ambas publicadas primeramente por Gay, *Documentos,* tomo I, pp. 160 y 170.

La muerte de aquellos tres españoles había arrebatado a los conquistadores el prestigio de invencibles de que gozaban ante los indígenas. Los indios que poblaban los campos vecinos a Tucapel, se atrevieron a acometer una empresa mucho más arriesgada para deshacerse de sus opresores, inventando para ello una ingeniosa estratagema. Como obligación impuesta por sus amos, esos indios debían llevar al fuerte cada mañana la provisión de leña para combustible y de pasto para los caballos. Un día, después de depositar su carga con la sumisión acostumbrada, sacaron de improviso las armas que llevaban ocultas entre las yerbas y cargaron resueltamente contra los castellanos. Ariza y sus soldados, que no esperaban este ataque, sufrieron un momento de perturbación; pero repuestos pronto de la sorpresa, cogieron sus adargas, o escudos de cuero, empuñaron sus espadas y embistieron con tal furor a sus agresores, que a pesar de la superioridad numérica de éstos, los pusieron al fin en desordenada dispersión. Ariza quiso aprovechar esta ventaja persiguiendo al enemigo y, aun, embistiendo a otro cuerpo que venía en auxilio de los indios, pero se vio forzado a encerrarse en el fuerte para resistir a la muchedumbre que lo asaltaba.

Esta desesperada defensa de los castellanos podía estimarse como una victoria; pero era una victoria demasiado costosa. Habían perdido algunos de sus soldados, y casi todos los que escaparon con vida estaban heridos y estropeados[23]. Por otra parte, todos los indios de las inmediaciones se hallaban sobre las armas y amenazaban el fuerte. Aunque Ariza estaba comprometido a esperar allí los auxilios que había pedido, comprendió que no podía permanecer en ese lugar, expuesto no sólo a nuevos ataques sino a los rigores de un sitio en que él y los suyos tendrían que morir de hambre. De acuerdo con los seis compañeros que le quedaban, determinó abandonar el fuerte. Los españoles mataron inhumanamente, con una barreta, a los caciques que tenían prisioneros y, enseguida, emprendieron la fuga favorecidos por la oscuridad de la noche y por la rapidez de sus caballos. En la mañana siguiente penetraban extenuados de cansancio y de fatiga en el fuerte de Purén, a donde llevaban la noticia del levantamiento de los bárbaros y de sus primeros triunfos.

Los documentos y las crónicas son muy deficientes sobre estos sucesos, y se encuentran entre ellos algunas graves contradicciones. Así, algunos cronistas dicen que el primer fuerte atacado fue el de Purén, pero nosotros seguimos en este punto a Ercilla, a Góngora Marmolejo y a Diego Fernández, que si no estuvo en Chile, escribió sobre las primeras noticias que llegaron al Perú.

El nombre del capitán que mandaba en Tucapel y el número de sus tropas son también materia de dudas. Sobre el primer punto seguimos a Góngora Marmolejo y a Mariño de Lobera sobre Antonio de Herrera (dec. VIII, lib. V cap. 5), que lo llama Martín de Erizar. Ariza es un apellido muy común en Vizcaya. No creemos, sin embargo, como Góngora Marmolejo, que la guarnición de ese fuerte fuera compuesta de sólo seis hombres, sin creer tampoco que se elevaba a cuarenta, como han escrito otros. Probablemente no bajaría de doce individuos.

[23] Este combate ha sido admirablemente referido por Ercilla al final del II canto de *La Araucana*, y por Góngora Marmolejo, cap. 14, sin grandes discrepancias en los detalles. Conviene advertir que cuando el segundo escribió su historia, ya se había publicado la primera parte de aquel poema, y la tuvo a la vista. Ercilla dice que los indios que penetraron en el fuerte eran ochenta, y Góngora los eleva a ciento, contra sólo seis españoles que estaban con Ariza. Ninguno de ellos dice que los castellanos sufrieron pérdidas de vidas; pero Diego Fernández, cronista contemporáneo de aquellos sucesos, que estaba bien impuesto de las ocurrencias de Chile por las noticias que llegaban a Lima, y que escribió antes que Ercilla y que Góngora Marmolejo (si bien su libro se publicó sólo en 1571), dice que los indios "acometieron a los españoles que allí había (en el fuerte de Tucapel) con gran astucia, y mataron muchos de ellos y a otros hirieron". *Historia del Perú*, part. II, lib. II, cap. 37. Probablemente sólo seis de ellos llegaron vivos a Purén, lo que quizá extravió a Góngora Marmolejo haciéndole decir que la guarnición de Tucapel era compuesta sólo de seis hombres.

El orgullo de los indios no conoció límites desde entonces. Apoderados de la desierta fortaleza de Tucapel, pusieron fuego a las palizadas construidas por los españoles, y enviaron emisarios por todas partes a anunciar aquellos triunfos. La noticia produjo una gran conmoción en la comarca. Los indios, sedientos de venganza contra sus opresores, llenos de confianza en el éxito de la guerra que comenzaba, acudían presurosos al sitio de su reciente victoria y preparaban sus armas para nuevos y más formidables combates.

7. Marcha Valdivia a sofocar la rebelión

Valdivia se hallaba, entre tanto, en Concepción ocupado en dar impulso al trabajo de los lavaderos de oro y haciendo los aprestos para la expedición que en ese verano pensaba hacer a las regiones australes en busca del mar del Norte o, más propiamente, del estrecho de Magallanes. Creía confiadamente que su dominación en los territorios conquistados estaba asegurada para siempre, cuando supo primero la agitación y luego el levantamiento de los indios de la comarca de Tucapel y la muerte de los tres soldados españoles que se dirigían a esa plaza. Aquella sublevación, que en su principio no parecía envolver un carácter de alarmante gravedad, debió molestar al orgulloso conquistador. Los indios rebeldes eran considerados vasallos personales de Valdivia y formaban parte del extenso repartimiento que él mismo se había dado, y que comenzaba en la margen austral del Biobío. El teatro de los primeros actos del levantamiento no estaba lejos de los lavaderos de oro que el mismo Gobernador había planteado como propiedad suya, y donde tenía ocupados algunos centenares de indios. Si la insurrección cundía hasta estos lugares, esas faenas tendrían que ser temporalmente abandonadas, y las expectativas de recoger grandes riquezas en poco tiempo más se verían frustradas.

No era posible demorar la represión de los bárbaros. En vez de enviar a alguno de sus capitanes a castigar a los insurrectos, Valdivia se decidió a salir personalmente a campaña. Después de haber cenado y de recibir la bendición del comisario general de los frailes franciscanos fray Martín de Robleda, el Gobernador partió de Concepción en la tarde del 20 de diciembre[24]. Para no dejar desguarnecida la ciudad, Valdivia no sacó consigo más que quince soldados de caballería. La oscuridad de la noche les hizo perder el camino, de manera que sólo al amanecer llegó al lugar de los lavaderos, donde se hallaba un destacamento de españoles para la sujeción de los indígenas ocupados en los trabajos. Allí no se tenía noticia alguna de la insurrección de los indios de Tucapel; ni se había hecho sentir el menor síntoma de levantamiento. Valdivia, sin embargo, mandó construir un fuerte provisional para la defensa de los soldados que inspeccionaban las faenas de las minas[25].

[24] "Cinco o seis días antes de Navidad", dice la carta anónima de 1554, que hemos citado anteriormente. El cronista Mariño de Lobera formaba parte del séquito del Gobernador, pero fue dejado en los lavaderos de oro y no tomó parte en la campaña. Su manuscrito, que no conocemos en su forma original, contenía quizá sobre estos sucesos algunos otros detalles que desaparecieron al dársele una nueva redacción.

[25] ¿Dónde estaban situados estos lavaderos de oro en que Valdivia se demoró varios días? Según parece desprenderse de algunas relaciones, se hallaban en el camino de Concepción al fuerte de Arauco, más o menos en las cercanías de Coronel y Lota. De la declaración prestada por Gaspar Orense ante el cabildo de Santiago el 12 de

Estos trabajos en que debe verse un rasgo de prudencia de Valdivia para aislar la insurrección, y no un error cometido por la codicia más vulgar, como se lo han reprochado algunos escritores[26], le hicieron, sin embargo, perder un tiempo precioso en aquellas circunstancias en que convenía acudir con la mayor presteza posible a socorrer el fuerte de Tucapel. Cuando el estado de esas obras le hizo creer que los lavaderos podían ser defendidos con una escasa guarnición, confió el mando de ellos a un capitán andaluz llamado Diego Díaz, y emprendió de nuevo su marcha llevándose consigo el mayor número de los soldados que allí había. A su paso por el fuerte de Arauco, sacó también a algunos de los soldados de su guarnición. Su columna llegó a contar cincuenta españoles bien montados[27], y un número considerable de indios auxiliares. Este número era, sin duda, insuficiente para la empresa en que iba a empeñarse; pero Valdivia, además de que no daba todavía gran importancia a la insurrección de los indios, contaba también con dos contingentes que debían doblar el poder de sus fuerzas. Esperaba hallar en pie el fuerte de Tucapel, cuya guarnición y cuyos parapetos no podían de dejar de servirle para reprimir a los indios sublevados; y aguardaba, además, un destacamento de veinte soldados escogidos que había pedido a la Imperial designándolos por sus nombres. Según las órdenes de Valdivia, éstos debían hallarse en Tucapel el mismo día que él llegase a la vista del fuerte.

8. Junta general de los indios: Lautaro propone un plan de batalla y toma el mando del ejército araucano

Los indios rebelados estaban mientras tanto al cabo de todos los movimientos del Gobernador. Sus espías, perfectamente conocedores del terreno, dotados además del perfeccionamiento de los sentidos corporales tan útiles en las exploraciones, y de aquella perspicacia que convierte a los salvajes en enemigos tan terribles en las guerras de emboscadas, comunicaban a los vencedores de Tucapel que se había puesto en marcha contra ellos una división española más numerosa, y que les esperaba una prueba más dura y decisiva.

Parece que ni por un instante se les ocurrió a los indios la idea de evitar el combate y de diseminarse en fuga por los bosques y montes vecinos. Sus recientes triunfos los habían llenado de soberbia y habían atraído a su campo a un gran número de guerreros ansiosos de castigar a los invasores y de repartirse sus despojos. Según su costumbre, celebraron una junta para acordar el plan de guerra que debían seguir. En medio de aquella aparatosa asamblea, se levantó un mancebo de arrogante figura, de estatura marcial, de voz clara y presti-

---

enero de 1554, aparece que éste vio construir el fuerte de que se habla, y vio también a la tropa de Valdivia pasar el río (seguramente el Biobío) para penetrar en la tierra de guerra. Según esto, los lavaderos en que se demoró el Gobernador estaban situados al norte de este río. Probablemente eran los del estero de Quilacoya, que el reformador de la crónica de Mariño de Lobera ha llamado Andacollo, confundiéndolos con los famosos lavaderos de Coquimbo.

[26] Entre otros, Ercilla en las octavas 92 y 93 del II canto de *La Araucana*.

[27] Éste es el número que dan las cartas citadas del cabildo de Santiago y de los oficiales reales. Herrera, lugar citado, dice cincuenta y tres; Ercilla, canto III, oct. 57, y Mariño de Lobera, cap. 43, lo elevan a sesenta; mientras que Góngora Marmolejo, cap. 14, lo rebaja a treinta y seis.

giosa, y pidió que se le dejara hablar. Era un indio de unos dieciocho años de edad, tomado por Valdivia en una de sus anteriores correrías en ese territorio, y destinado por el Gobernador al humilde oficio de cuidador de sus caballos. Los españoles lo llamaban Alonso; entre sus compatriotas fue conocido con el nombre de Lautaro[28]. La noticia del levantamiento de los indios lo indujo a fugarse del lado de los opresores de su raza, y había volado a ofrecer a los suyos el auxilio de su brazo y de su consejo.

La arenga de Lautaro se redujo a demostrar a sus compatriotas que los españoles no eran invencibles, y que si éstos poseían armas mucho más destructoras que las de los indios, y caballos briosos que centuplicaban sus fuerzas, los hombres y los caballos eran mortales, sufrían el cansancio y la fatiga después de una batalla, y su número era, además, tan reducido que todos sus soldados tenían que entrar en la pelea sin dejar una reserva que pudiera servirles para reorganizarse en el caso de un desastre. Para vencer a los españoles, según Lautaro, no se necesitaba tanto un ataque impetuoso de todo el ejército de indios que pudiese decidir la victoria en corto tiempo, sino una serie de ataques sostenidos con vigoroso tesón, y renovados por otros cuerpos de combatientes. Era necesario fatigar al enemigo, extenuar sus fuerzas y reducirlo a la impotencia después de largas horas de combate. Los innumerables guerreros que los indios podían reunir, debían servirles para formar esas divisiones que habían de entrar sucesivamente en pelea, y para cerrar a la retaguardia de los españoles los caminos por donde pudieran retirarse los restos salvados de su derrota.

Aquel indio, que sin duda alguna estaba dotado de una gran penetración, debió conquistarse desde el primer día el prestigio que le aseguraba el conocimiento inmediato de los españoles, de sus armas y de su manera de pelear. Con todo, el ardoroso entusiasmo de la juventud procedió a elegir el terreno para empeñar la batalla. En las últimas graderías de la falda oriental de la cordillera de la Costa, se extiende una loma o meseta desde cuyas alturas se dominan los valles inmediatos. El río Tucapel, que baja de la montaña vecina arrastrando un limitado caudal de aguas cristalinas, rodea serpenteando una buena parte de los pies de esa meseta, y forma, o formaba en otro tiempo, tupidos pajonales en varios puntos de sus riberas[29]. En las laderas accidentadas y a veces escabrosas de aquella meseta, se había levantado el destruido fuerte de Tucapel, cuyo recinto, cercado por un foso y por una espesa palizada, había sido el teatro del combate que sostuvo el capitán Ariza contra los indios rebelados. Lautaro eligió aquella meseta para teatro de la batalla, colocando de antemano

[28] Los indios chilenos no tenían propiamente nombre. Tomaban el del lugar de su residencia, o uno que expresaba las cualidades que se atribuían al individuo, o el animal u objeto a que creía parecerse. Desgraciadamente, la manera como los pronunciaban los españoles, y más aún como los escribían, hacen de ordinario imposible el descubrir su etimología. Sin embargo, en uno de mis apuntes hallo anotada una etimología del nombre de Lautaro que, sin duda, he hallado en alguna antigua relación que olvidé de señalar. Según ese apunte, el nombre verdadero de ese célebre caudillo sería Leutaru o Leuteru, que los españoles convirtieron en Lautaro, voz de pronunciación más llena. Ese nombre tendría su origen en el verbo *leutun,* acometer, embestir y perseguir al enemigo, o en el adjetivo *leuten,* diligente, audaz, emprendedor. Doy esta etimología sin tener en ella una confianza ilimitada.

[29] Don Ignacio Domeyko, que visitó esos lugares en los primeros meses de 1845, ha destinado a su descripción unas pocas líneas de buen colorido y de la más absoluta claridad. Véase *Araucanía y sus habitantes,* Santiago, 1845, p. 28. Esa descripción, aunque muy sumaria, confirma la que se encuentra en Góngora Marmolejo, cap. 14. Si el señor Domeyko hubiera conocido esta crónica, inédita entonces, sin duda que habría dado mayor desarrollo a las noticias que consigna sobre aquellos sitios, testigos de los memorables sucesos que narramos.

los cuerpos más numerosos de sus guerreros detrás de sus pajonales y bosques vecinos para no dejarse ver de los españoles sino en el momento en que éstos estuvieran muy cerca. El suave declive que la loma presentaba por su frente, no pondría ningún impedimento a la marcha de los castellanos, a quienes se quería dejar fácil acceso hasta las alturas. Los indios atacarían entonces por divisiones y sucesivamente, de manera que la segunda no entrase a la pelea sino cuando la primera hubiese sido dispersada después de reñida resistencia. Los restos salvados de cada uno de estos choques se arrojarían por las laderas más ásperas de la meseta para que los caballos no pudieran perseguirlos, mientras se presentaba un nuevo cuerpo de indios a ocupar el lugar de los que habían sido obligados a retirarse. Lautaro, por su parte, tomó el mando de un cuerpo de indios situado cerca del río, y al flanco del sitio del combate, para dar la señal de una carga general y definitiva en el momento que él creyera que los españoles, agobiados de cansancio, pensaban en tomar la retirada. El caudillo araucano no olvidó ninguna de las precauciones necesarias para alcanzar un triunfo definitivo. En el camino que debían recorrer los castellanos para llegar a Tucapel, colocó numerosas partidas de observación ocultas en los bosques, con encargo de hostilizar a los batidores del enemigo, y de cortar la retirada a los que salvasen de la refriega[30].

Cuando se estudian en las antiguas crónicas estas disposiciones estratégicas del caudillo araucano, el historiador está tentado a creer que la imaginación las ha engalanado, porque se hace difícil creer que aquellos salvajes hubiesen ideado un plan de batalla tan razonable y discreto. Sin embargo, en las páginas siguientes hemos de ver que Lautaro tenía las dotes de un gran soldado, y que sus guerreros poseían, junto con la más extraordinaria audacia, una rara habilidad para engañar y para sorprender al enemigo. Los araucanos, como lo han probado en tres siglos de lucha, demostraban en la guerra cualidades de penetración y de astucia que parecerían inconciliables con su estado de barbarie, a todo el que no conozca la singular habilidad que algunos pueblos, más salvajes todavía, han solido desplegar en sus campañas militares.

9. Memorable batalla de Tucapel

Valdivia salió del fuerte de Arauco el 30 de diciembre. El primer día de marcha no encontró en su camino otro indicio del levantamiento de los indígenas que la soledad de los campos que atravesaba. Su columna pasó la noche en perfecta tranquilidad a orillas del río Lebu, en un lugar llamado Labalebu[31]. El día siguiente, que era domingo, 31 de diciembre, los espa-

[30] Existe la mayor discordancia sobre el número de indios que formaban el ejército de Lautaro, no faltando alguien, Mariño de Lobera, que lo haga subir a 150.000 hombres. Probablemente no pasaba de cinco o seis mil guerreros.

[31] Para comprender la marcha de Valdivia en esta memorable campaña, conviene recordar que, aunque desde su salida de Arauco marchaba con dirección al sur, e inclinándose muy ligeramente hacia el oriente (entre las longitudes respectivas de Arauco y de Tucapel hay sólo la diferencia de 10 minutos), se alejaba considerablemente de la costa. En esta parte de nuestro territorio, como es fácil verlo en cualquier mapa, el continente se avanza hacia el océano, formando entre el mar y la cordillera de la Costa una larga faja de terreno que tiene seis u ocho leguas de

ñoles oyeron misa en ese mismo sitio, y enseguida continuaron su marcha en la mayor confianza, persuadidos quizá de que los indios sublevados, impotentes para sostener la lucha, habían ido a ocultarse en los bosques lejanos. Valdivia, con todo, deseando impedir cualquier sorpresa, despachó adelante cuatro o seis exploradores bajo las órdenes de un caballerizo suyo apellidado Bobadilla. Llevaban el encargo de reconocer el camino, de comunicarle cualquier novedad y de volver a reunírsele antes de la noche.

La noche llegó, sin embargo, y los corredores no volvían. Éste fue un primer motivo de inquietud; pero los castellanos acamparon sin que nada les dejara percibir la proximidad del enemigo. En la mañana del 1 de enero de 1554, cuando apenas habían avanzado un poco, encontraron en el sendero por donde caminaban, un brazo cortado hacía poco. La manga del jubón y de la camisa dejaba ver que ese brazo ensangrentado era de español. No podía caber duda sobre lo ocurrido. Bobadilla y sus compañeros habían sido sorprendidos en una emboscada, se les había dado muerte, y sus miembros descuartizados y sangrientos habían sido esparcidos en el campo que debían atravesar los castellanos. Aquel horrible espectáculo, lejos de infundir pavor a los expedicionarios, retempló su coraje y avivó su sed de venganza.

Pero Valdivia comenzaba a ver las cosas con más claridad que sus impetuosos compañeros. Se encontraba a corta distancia del fuerte de Tucapel, cerca de los enemigos que iba a combatir, y no tenía la menor noticia del refuerzo que había pedido a la ciudad de la Imperial. No podía ocultarse al Gobernador que había temeridad en seguir avanzando hacia el enemigo con los pocos soldados que formaban su división. En un momento de prudente desconfianza quiso oír el parecer de sus capitanes. Muchos de éstos eran jóvenes ardorosos, recién llegados a Chile, y que por esto mismo no conocían a los temibles araucanos o pensaban que eran salvajes débiles y miedosos que abandonarían el campo a la primera carga que se les diera. Todos ellos contestaron que no era digno de valientes el retroceder ante aquellos bárbaros, y que era preciso marchar sin demora a castigarlos ejemplarmente.

Sólo una voz se hizo oír en favor de una oportuna retirada. Un indio yanacona llamado Agustinillo por los españoles, sirviente personal de Valdivia, se acercó a éste en actitud humilde y suplicante, y le dijo: "Volveos, señor, vuestros soldados son muy pocos y los enemigos son numerosos y valientes. Acordaos de la noche de Andalién". La impresión que las palabras del leal yanacona hicieron en el ánimo del Gobernador, fue desvanecida por el entusiasmo bélico de sus compañeros. Valdivia no volvió a vacilar. Animando a los suyos para entrar en combate, dio resueltamente la orden de continuar la marcha. En aquella determinación debió influir, sin duda, la convicción de que no era posible dejar abandonados a los defensores de Tucapel que, según creían los españoles, se hallaban sitiados por los rebeldes.

---

ancho. La distancia que Valdivia tuvo que recorrer para llegar de Arauco a Tucapel es de más de dieciséis de nuestras leguas, por camino más o menos accidentado y en gran parte cubierto de bosques. La conducción de sus bagajes llevados a hombros por los yanaconas, y la marcha a pie de los indios auxiliares, no le permitía recorrer esa distancia en menos de dos días y medio.

Antes de mucho tiempo se encontró Valdivia a la vista de los lugares que los indios habían elegido para su defensa. A lo lejos se divisaban los escombros del fuerte de Tucapel, humeantes todavía; pero no se veía un solo hombre ni se sentía el menor ruido. Todo hacía creer que los rebeldes habían abandonado aquellos lugares huyendo de la saña implacable de los castellanos. Habían llegado éstos a las alturas de la loma cuando se vieron amenazados por su frente por una turba compacta de guerreros araucanos que atronaban el aire con gritos terribles y descompasados con que los provocaban a la pelea. Sin vacilar, Valdivia dio sus órdenes para el combate, dividió su tropa en tres cuadrillas, y mandó que la primera saliese en el acto contra el enemigo.

Aquella primera carga fue tremenda. Los jinetes españoles embistieron en orden y con aquel furor que solían usar en los combates. Los pechos de los caballos arrollaban los pelotones de indios, que quedaban pisoteados y tendidos por el suelo, al mismo tiempo que las formidables espadas hacían destrozos entre los que podían mantenerse de pie. Los salvajes, por su parte, resistían con tesón heroico, luchaban y morían como bravos, pero vendían caras sus vidas, de suerte que después de este primer choque, casi todos los españoles que los atacaban estaban heridos o estropeados, y lo que era peor aún, agobiados de cansancio. Cuando los españoles habían dispersado ese primer cuerpo, y cuando los indios salvados de la refriega se precipitaban de las alturas por las laderas más ásperas para no ser perseguidos por los caballos, un nuevo cuerpo de guerreros araucanos se presentaba de frente para renovar la batalla.

La segunda división araucana llegaba en el mismo orden que la primera; pero los españoles no se atemorizaron un solo instante. Valdivia hizo salir contra ella otra cuadrilla de jinetes, y ésta recomenzó la refriega con todo ardor. Los indios, por su parte, opusieron esta vez una resistencia mucho más tenaz y encarnizada. Mientras tanto, la fatiga natural después de algunas horas de pelea, el calor de uno de los días más ardientes del verano y el deseo de resolver cuanto antes una lucha que se prolongaba demasiado, avivaban la impaciencia de los castellanos. Valdivia, creyendo poner pronto término al combate, dejó unos pocos hombres al cuidado de sus bagajes, y a la cabeza de los soldados que le quedaban, embistió furiosamente al enemigo. Todo su arrojo no sirvió más que para desbaratar la segunda división de los araucanos. Destrozados éstos en la pelea, corrían desordenados a precipitarse por las laderas vecinas.

Pero entonces se presentaron nuevos cuerpos de guerreros indios que llegaban de refresco. El combate fue entonces más duro y dificultoso para los castellanos, cansados ya de tanto pelear. Valdivia, sin embargo, reunió a todos sus soldados, y arremetió valientemente sobre el enemigo. Sus esfuerzos fueron impotentes para dispersar las nuevas divisiones araucanas: aquella lucha tenaz y encarnizada los tenía casi extenuados de fatiga y, aunque peleaban con audacia y sembraban el suelo de cadáveres de indios, los mismos españoles comenzaban a sufrir dolorosas pérdidas en sus filas y adquirían la triste convicción de que no podían romper las espesas columnas de los contrarios. Valdivia quiso suspender un instante la pelea para darse algún descanso y para tomar consejo de los suyos. Sus trompetas los llamaron a replegarse "Caballeros ¿qué hacemos?", preguntó el Gobernador. "¡Qué quiere vuestra señoría que hagamos sino que peleemos y muramos!", contestó el capitán Altamirano, oficial extremeño, tan valiente como arrebatado. Valdivia debió comprender que una nueva carga no había de mejorar su situación; pero viendo a sus soldados tan animosos y resueltos, embistió otra vez con todas sus fuerzas, y seguramente con los indios auxiliares que llevaba

consigo. Este acto de desesperación, con todo, no hizo más que precipitar su descalabro. Los españoles fueron impotentes para arrollar los apretados cuerpos de enemigos, y las trompetas volvieron a llamar a replegarse.

Parecía indispensable el pensar en la retirada para volver con mayores tropas a castigar a aquellos salvajes. Valdivia, que conocía la rapacidad y la codicia de los indios, creyó que si les abandonaba sus bagajes se entretendrían éstos en la turbulenta repartición del botín, y podría él retirarse sin serias dificultades. Comenzaba a ejecutar este movimiento cuando los quebrantados restos de sus tropas se encontraron asaltados de flanco por nuevos cuerpos de indios que acudían de carrera lanzando gritos aterradores y feroces de victoria y de venganza. Era la reserva de Lautaro, que acudía presurosa a consumar el triunfo de los araucanos. Siguióse todavía una confusa refriega: los castellanos, aunque jadeantes de fatiga, hallaron todavía en sus corazones y en sus brazos fuerzas bastantes para seguir luchando; pero cuando muchos de ellos rodaban por el suelo y cuando se convencieron de que les era imposible romper los espesos pelotones de indios, buscaron la salvación en la fuga.

La fuga, sin embargo, era imposible. Los caballos, heridos en la refriega y rendidos por el cansancio, apenas podían andar. Por otra parte, todos los caminos estaban tomados por los indios, cuyos ánimos habían cobrado mayor ardimiento a la vista del triunfo. Numerosas partidas de ágiles guerreros se habían diseminado en los campos vecinos; asaltaban a los fugitivos, los derribaban a lanzadas y los ultimaban despiadadamente o los arrastraban prisioneros para sacrificarlos en la celebración de la victoria. Ni un solo español logró sustraerse a aquella obstinada e implacable persecución. El mayor número de los indios auxiliares pereció también bajo los golpes de lanza y de macana de los sanguinarios vencedores. Los pocos que lograron sustraerse a la matanza ocultándose en los bosques o confundiéndose artificiosamente entre sus perseguidores, pudieron llevar a los establecimientos españoles la noticia de aquel espantoso desastre.

10. Muerte de Pedro de Valdivia

Valdivia, que montaba un excelente caballo, había alcanzado a alejarse algo más del teatro del combate, seguido por un clérigo apellidado Pozo, que le servía de capellán. Aunque acechados y perseguidos por todas partes por los indios, creían quizá salir con vida de aquella desastrosa jornada. Pero sus caballos se atollaron en una ciénaga, y se vieron forzados a detenerse en su carrera. Los enemigos, que defendían ese paso, cayeron presurosos sobre los fugitivos, los derribaron a golpes de lanza y de macana y los tomaron prisioneros. Valdivia fue despojado de sus ropas y armaduras, sin poder, sin embargo, arrancarle la celada que le cubría la cabeza. Desnudo, con las manos atadas con unos bejucos, que a los indios sirven de sogas, colmado de insultos y de improperios que seguramente no comprendía, el desventurado cautivo fue obligado a andar más de media legua para volver al campamento de los vencedores. Como no pudiera seguir en su carrera a sus ágiles aprehensores, Valdivia era a trechos arrastrado despiadadamente por el suelo y conducido en el más lastimoso estado ante la junta de los señores o caciques enemigos.

La fatiga del combate, la enormidad del desastre que acababa de experimentar y aquellos crueles sufrimientos habían abatido el espíritu del altivo y valiente capitán. El yanacona Agustinillo, el mismo que le había aconsejado en la mañana que se retirara sin presentar la

batalla, prisionero también como su amo, le quitó la celada que sus aprehensores no habían podido desatarle[32]. "Devolvedme la libertad, dijo entonces Valdivia, y sacaré los españoles de vuestras tierras, despoblaré las ciudades que he fundado y os daré, además, dos mil ovejas". Por única respuesta los indios vociferaron las más feroces amenazas. Queriendo poner término a aquella conferencia, descuartizaron en el acto al yanacona Agustinillo que sin duda había sido el intérprete que tradujo las proposiciones de Valdivia. Allí mismo, a su propia vista, los indios se repartían las piezas de su vestuario y de su armadura, dejando a Lautaro la facultad de elegir las mejores.

No quedaba ninguna esperanza de salvación a los infelices prisioneros. Aquellos salvajes no tenían la costumbre de perdonar la vida a sus enemigos. Ahora, además, el recuerdo de las atrocidades cometidas por los españoles después de sus anteriores victorias, y del mal trato que acostumbraban dar a los indios, habían provocado la cólera de éstos y excitado su natural crueldad con los vencidos. El clérigo Pozo, viendo cercano el fin de todos ellos, hizo una cruz con unas pajas, y comenzó a persuadir al Gobernador a morir como cristiano. Una muerte rápida habría sido para ellos un beneficio; pero esos bárbaros acostumbraban gozarse en los sufrimientos de sus víctimas, y en esta ocasión no descuidaron de satisfacer sus instintos más feroces.

Valdivia fue martirizado de una manera cruel. Aunque los indios tenían las espadas y dagas que habían quitado a los vencidos, prefirieron usar las conchas marinas que usaban como cuchillos. Con ellas le cortaron los brazos, y después de asarlos ligeramente, los devoraron en su presencia. Un antiguo documento refiere que el conquistador de Chile vivió tres días en medio de estas torturas, y que al fin expiró de extenuación y de fatiga[33].

[32] El cronista Góngora Marmolejo, que ha consignado este pormenor, da el nombre de celada borgoñona al casco que llevaba Valdivia. Era la borgoñota de algunos escritores españoles, o *burguignotte* de los franceses, casco ligero, desprovisto de visera, y que por esto mismo dejaba el rostro completamente al descubierto, si bien tenía una parte saliente destinada a proteger los ojos. La borgoñota, sobre todo la que usaban los soldados de caballería, estaba provista de carrilleras movibles que servían a la vez para resguardar una parte de la cara contra los golpes del enemigo, y para atar el casco por debajo de la barba. Algunas de estas borgoñotas eran obras exquisitas de arte por los relieves y cincelados, como se ven en la Real Armería de Madrid, en las piezas que pertenecieron a Carlos V, a Antonio de Leiva y a otros personajes célebres. La borgoñota de Valdivia, que cayó en manos de los indios, debía ser mucho más modesta.

[33] Carta citada del cabildo de Santiago a la real audiencia de Lima. La derrota y muerte de Valdivia, acerca de las cuales se encuentran muy escasas noticias en los documentos antiguos, han sido contadas, con mayor amplitud de pormenores, por los antiguos cronistas, y particularmente por Góngora Marmolejo y por Ercilla, cuyo poema tiene en esta parte el valor de una historia. Esas relaciones, sin embargo, se diferencian totalmente en accidentes capitales, y nosotros preferimos en estos casos la del primero, que nos parece la más probable, o más propiamente la única posible.

Ercilla supone que los guerreros araucanos estaban mandados por Caupolicán: Góngora Marmolejo no lo nombra siquiera en esta parte de su crónica. En las relaciones o documentos contemporáneos se guarda el mismo silencio, si bien se habla de Lautaro como jefe de los indios. El nombre de Caupolicán no aparece sino bajo el gobierno de don García Hurtado de Mendoza.

La batalla de Tucapel ha sido contada por Ercilla de una manera diferente. Supone que los indios, derrotados en la pelea, se entregaban a la dispersión y a la fuga cuando Lautaro, que marchaba en el séquito de Valdivia, se pasó al enemigo, pronunció un hermosísimo discurso, uno de los mejores del poema, e indujo a los vencidos a volver al combate hasta alcanzar la victoria. Esta narración, de buen efecto en la epopeya, es insostenible ante la razón y ante la lógica y no puede ser admitida en la historia seria. Basta imaginarse lo que es una derrota, y, sobre todo, una derrota de indios sin disciplina militar, para comprender que es imposible que las cosas puedan haber

Una muerte análoga tuvieron los otros prisioneros, de tal suerte que no escapó con vida ni uno solo de los españoles que asistieron a aquella memorable y desastrosa jornada. Sus cabezas fueron colocadas en picas por los indios, y paseadas en sus tierras como trofeos de victoria para excitar a la rebelión a todos su habitantes.

---

pasado como lo supone el poeta. Como era difícil explicarse de qué manera los españoles vencedores en la primera batalla dejaron que los indios fugitivos y desordenados se reorganizaran. Ercilla va hasta contar que Lautaro, armado de una lanza primero y enseguida de una maza, contiene él solo a toda la caballería española, durante cierto tiempo. Esta proeza, digna de las novelas de caballerías de la Edad Media, desautoriza por completo aquella versión. Sin embargo, la vemos invariablemente seguida por casi todos los cronistas posteriores, comenzando por el jesuita Escobar en la nueva redacción que dio a la crónica de Mariño de Lobera.

La relación de Góngora Marmolejo, que hemos seguido fielmente, es mucho más natural y mucho más aceptable. En ella no hay nada de increíble o de inverosímil, y hace comprender perfectamente las causas verdaderas de la derrota de los castellanos. El honrado cronista, que no asistió a la batalla y que tampoco pudo hablar con ninguno de los españoles que en ella tomaron parte, puesto que todos ellos murieron en la refriega, dice que él recogió sus informes de un indio auxiliar que fue testigo de todo. El inca Garcilaso de la Vega, que en su juventud conoció a algunos soldados y capitanes de la conquista de Chile, ha referido en sus *Comentarios reales,* part. I, lib. VII, cap. 24, el desastre de Tucapel de una manera semejante a la de Góngora Marmolejo. Casi es innecesario decir que la crónica de éste, inédita hasta 1850, no fue conocida por Garcilaso, y que, por tanto, su versión ha sido recogida en otros informes. Esta misma circunstancia da más valor a esta narración de la batalla.

En la narración de la muerte de Valdivia, Ercilla se aparta también de Góngora Marmolejo; pero sigue otra versión que circuló con gran crédito, y que se halla consignada en la carta anónima que hemos citado anteriormente. Según ésta, algunos indios principales estaban inclinados a perdonar la vida a Valdivia; pero un cacique le descargó un golpe de maza que lo mató en el acto. Mariño de Lobera ha aceptado también esta versión. Nosotros seguimos la de Góngora Marmolejo, que es la misma que da la carta del cabildo de Santiago antes citada.

El padre Escobar, en su nueva redacción de la crónica de Mariño de Lobera, es el primero que ha consignado como cosa que "se dice comúnmente", la especie de que a Valdivia se le dio muerte haciéndole tragar oro derretido, especie consignada después en muchos libros, y que, sin embargo, ni siquiera vale la pena refutar.

¿En qué día tuvo lugar la batalla de Tucapel? Hay sobre este punto tanta discordancia entre los cronistas, que esta fecha se prestaría a largas discusiones.

Don Pedro de Córdoba y Figueroa, que escribía su *Historia de Chile* casi a mediados del siglo XVIII, apoyándose en una crónica de Ugarte de la Hermosa, que no ha llegado hasta nosotros, la coloca, lib. II, cap. 9, en el 3 de diciembre de 1553, fecha verdaderamente insostenible en vista de los pocos documentos que nos quedan sobre estos sucesos, y según los cuales Valdivia salió de Concepción cinco o seis días antes del 25 de diciembre. Sin embargo, esta fecha ha sido adoptada por historiadores posteriores, y entre ellos por Olivares y Molina.

Don José Basilio de Rojas y Fuentes en unos *Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile,* escritos a mediados del siglo XVII, y publicados en el tomo XI de la *Coleccion de historiadores,* dice 26 de diciembre de 1553.

Mariño de Lobera, o su reformador Escobar, señala en el cap. 43, el día 27 de diciembre del mismo año.

Mientras tanto, la carta de los tesoreros de Santiago, escrita en septiembre de 1555, dice expresamente que tuvo lugar el 1 de enero de 1554. Esta fecha, que es la que nosotros adoptamos, se conforma bien con el orden de los sucesos y con la fecha de la partida de Valdivia, fijada en el documento que hemos citado, y en cierta manera está corroborada en una relación contemporánea que vimos en el Archivo de Indias, pero que no tiene ningún hecho nuevo. Se dice allí que el día antes de la batalla fue domingo, y que ese día, después de oír misa, despachó Valdivia los batidores que fueron descuartizados por los indios. Como la letra dominical del año de 1554 fue G, el 1 de enero fue lunes, accidente que se combina con lo que dice ese documento.

Como dato bibliográfico indicaremos aquí que la derrota y muerte de Valdivia ha dado origen a un poema inglés que no carece de mérito poético, pero que no tiene el menor valor histórico. William Lisle Bowles, poeta de crédito en Inglaterra a principios de nuestro siglo (n. 1772-m. 1850) publicó en 1822 un poemita en ocho cantos con el título de *The missionary of the Andes,* cuyos héroes principales son Valdivia, Lautaro y un padre Anselmo, misionero. La pintura de la naturaleza, las costumbres descritas, todo es obra de pura imaginación. Por lo que toca a la historia, el autor no ha tenido más guía que lo que halló en una traducción inglesa del compendio histórico del abate Molina.

11. Su persona y familia. Historiadores de Valdivia (nota)

"Este fue el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y afortunado hasta aquel punto", dice el cronista que nos ha servido de guía principal en la relación de estos últimos sucesos. Y más adelante agrega: "Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento aunque de palabras no bien limadas, liberal y hacía mercedes graciosamente. Después que fue señor recibía gran contento en dar lo que tenía: era generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien, afable y humano con todos; mas tenía dos cosas con que oscurecía todas estas virtudes, que aborrecía a los hombres nobles, y de ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fue dado"[34]. Este corto e imperfecto retrato del conquistador de Chile no basta para darlo a conocer, pero servirá a lo menos para completar el cuadro de su fisonomía moral que resulta de los hechos que hemos narrado con tanta prolijidad en los capítulos anteriores. Creemos que el vasto caudal de noticias que en ellos hemos agrupado, pone al lector en situación de formarse un juicio exacto acerca de este hombre singular, en que se aunaban las grandes dotes de colonizador y de general, con los defectos inherentes a su condición de soldado, a la soberbia que creó en su ánimo su rápida elevación, y más que todo, al medio social en que vivió entre los capitanes de la Conquista, tan audaces en los combates como poco escrupulosos en la ejecución de sus planes; tan astutos y sagaces en el gobierno y en la guerra como groseros en su codicia y en su ambición. Juzgado a la luz de los progresos de la moral, el historiador no puede dejar de ser severo con Valdivia. Considerado comparativamente con el mayor número de sus contemporáneos, Valdivia debe ser estimado como uno de los más hábiles, de los más audaces y de los más grandes entre los conquistadores de América.

[34] Góngora Marmolejo, cap. XVI. El retrato de Valdivia hecho por este cronista, contraído sólo a recordar algunas cualidades de su carácter que podemos llamar subalternas, no parece ser inspirado por ningún sentimiento desfavorable al célebre conquistador. Sin embargo, todo hace creer que por un motivo o por otro, Valdivia no dejó recuerdos simpáticos en la mayoría de sus contemporáneos. Ercilla, que llegó a Chile pocos años después, sin desconocer las grandes dotes de Valdivia, no se formó una idea lisonjera de su carácter moral, como puede verse en los primeros cantos de *La Araucana*. Así, en la estrofa 68 del canto I se leen estos cuatro versos:

> La ley, derecho, el fuero y la justicia
> Era lo que Valdivia había por bueno,
> Remiso en graves culpas y piadoso,
> Y en los casos livianos riguroso.

En la lectura de los documentos contemporáneos se percibe una circunstancia de poca importancia al parecer, pero que revela un sentimiento de resistencia a los deseos del Gobernador. Desde su vuelta del Perú en 1549, Valdivia se hacía dar el título de *don* en todos los documentos públicos. En los bandos del gobierno, en los nombramientos que hacía, en las actas del Cabildo, no se le nombraba sino don Pedro de Valdivia. Después de su muerte se le suprimió este tratamiento, o sólo se le daba una que otra vez, y esto por aquellas personas que conservaban gratitud por su memoria.

El nombramiento expedido por el Rey en 1552, de que hemos hablado al principio de este capítulo, no daba a Valdivia el tratamiento de don.

Valdivia murió sin dejar herederos de su nombre y de su gloria. Casado desde más de veinte años antes con una señora de Salamanca, llamada doña Marina Ortiz de Gaete, vivía alejado de ella desde 1535, año en que pasó a América a buscar fortuna. Aun, en medio de sus escaseces, Valdivia había cuidado de enviar a su esposa algunos socorros pecuniarios; pero más de una vez habían sufrido extravío. Al fin, cuando Alderete llegó a España y supo por él doña Marina que su marido había consumado la conquista de Chile, resolvió venir a establecerse en este país donde debía ocupar una alta posición. Sus esperanzas se desvanecieron bien pronto. Al desembarcar en Nombre de Dios, a mediados de 1554, para trasladarse a Panamá y seguir su camino a Chile, supo que Valdivia había muerto desastrosamente a manos de los indios.

Entonces comenzó para la desventurada viuda una vida de estrecheces y de reclamaciones ante la Corte, que formaban un triste contraste con las ilusiones que había concebido. Los bienes de su esposo fueron embargados y vendidos por los oficiales reales con el objetivo de reintegrar al tesoro los capitales que aquél había tomado para adelantar la conquista. El Rey, por tres cédulas consecutivas, mandó que se asignase a aquella señora un repartimiento que correspondiese a su rango y a los servicios de Valdivia. Aunque se satisfizo en parte esta obligación, doña Marina no recibió de los gobernantes de Chile las consideraciones a que era merecedora la viuda del conquistador[35].

[35] En uno de los apéndices del *Proceso de Valdivia* (pp. 326-333) hemos dado cuenta minuciosa de todas las gestiones hechas por doña Marina Ortiz de Gaete para obtener las mercedes y concesiones a que se creía acreedora por los méritos de su marido. Allí se encontrarán también noticias sobre algunos parientes suyos que la acompañaron a Chile. Casi todos los cronistas posteriores a la Conquista y, aun, algunos historiadores de nuestros días, han asentado equivocadamente que la esposa de Valdivia llegó a Chile en vida de éste, el año de 1552. El pasaporte que se le dio para salir de España, fue firmado por el príncipe regente, después Felipe II, en Valladolid, el 19 de enero de 1554. Los documentos publicados en el libro que acabamos de citar, restablecen la verdad de los hechos en todo cuanto concierne a la viuda del conquistador, y son una prueba más de que sin el auxilio de los antiguos documentos no se puede escribir una sola página de la historia de Chile, pues las crónicas están plagadas de errores de toda naturaleza.

Hasta hace cuarenta años sabíamos bien poco de sólido y fundamental sobre la historia de la conquista de Chile bajo el gobierno de Pedro de Valdivia. El famoso poema de Ercilla pasa muy a la ligera sobre esos sucesos, y los ha engalanado, además, con accidentes poéticos que no pueden tener cabida en una historia seria. La célebre obra de Herrera (*Historia jeneral de los hechos de los castellanos*), aunque escrita en vista de los documentos y relaciones primitivas que de ordinario copia casi sin modificar ni siquiera la redacción, contiene en general pocas noticias sobre esos sucesos por creerlos, sin duda, subalternos en el vasto cuadro que se había trazado de la historia completa de la conquista de América. Los libros, así impresos como manuscritos, que corrían con el nombre de historia de Chile, eran un conjunto de noticias basadas sobre hechos ciertos, pero enturbiadas por las perturbaciones de la tradición, y más todavía por la imaginación poco escrupulosa de los cronistas, que con muy poco criterio adornaban la historia con accidentes de su invención. Sólo unos pocos de éstos consultaron algunos documentos, y de ellos tomaron unas cuantas noticias que no bastaban para rehacer la historia nacional en una de sus partes más esenciales.

Por real cédula de 17 de julio de 1779, Carlos III dio a don Juan Bautista Muñoz y Ferrandis el encargo de escribir una historia general de América con que se quería eclipsar la que acababa de publicar en inglés el insigne historiador Robertson, que la Corte y los literatos de Madrid creían desfavorable a la gloria y a los intereses políticos y coloniales de España. Ampliamente autorizado para registrar bibliotecas y archivos, Muñoz acometió los estudios preparatorios con un celo que pocas veces se habrá puesto en estudios de esta naturaleza. En cinco años del más tesonero trabajo, estudió los archivos de España y de Portugal, las bibliotecas públicas, conventuales y particulares donde había libros y papeles impresos o inéditos sobre la historia de América, y formó una colección

de más de ciento treinta volúmenes en folio, de copias o de extractos de crónicas, expedientes o documentos. Esos volúmenes son la más elocuente demostración de la seriedad de sus estudios. Muñoz copiaba textualmente las relaciones y documentos más importantes, y extractaba con una rara escrupulosidad, que hemos podido comprobar por nosotros mismos, los legajos o expedientes de menos valor. Este célebre erudito, debilitado por el exceso de trabajo, falleció el 19 de julio de 1799, a la edad de cincuenta y cuatro años, dejando impreso el primer tomo de su *Historia del nuevo mundo,* e inédita una parte considerable del segundo. Apenas había llegado a los últimos años de la carrera de descubrimientos de Cristóbal Colón.

Pero Muñoz dejaba también su preciosa colección de manuscritos en que habían de hallar un inmenso arsenal de noticias y documentos los historiadores posteriores, y entre ellos Navarrete, Irving, Prescott y Quintana. En esa colección, Muñoz había reunido los mejores fundamentos de la historia de la conquista de Chile, y entre ellos, cinco cartas de Valdivia a Carlos V que, sin duda, había recorrido el cronista Herrera a principios del siglo XVII, pero que ni él ni ningún historiador posterior había utilizado convenientemente. Sin el conocimiento de esas piezas era imposible escribir con mediano acierto las primeras páginas de la historia de Chile.

Cuando en 1843 emprendió don Claudio Gay la redacción de la parte política de la obra que le ha dado celebridad, pudo disfrutar de los libros y papeles que sobre la historia americana había reunido el célebre bibliógrafo Henri Ternaux Compans, y en ella halló numerosas copias de los documentos copiados por Muñoz. Entre ellos estaban las cartas de Valdivia a Carlos V, que Gay utilizó y que enseguida publicó en su colección de documentos. Don Claudio Gay pudo, de esta manera, dar a esa parte de su obra el mérito de la originalidad en la investigación y de la verdad en la narración. La parte que ha destinado a Valdivia en su *Historia de Chile* forma diez capítulos que son quizá los mejores de la sección política de su obra. Fueron escritos por el mismo Gay antes que confiara a manos subalternas la redacción de los volúmenes que se refieren a la historia colonial. Los hechos están expuestos con claridad y buen método, aunque sin relieve y con poco colorido, y vinieron a dar una luz enteramente nueva sobre todo lo que se había creído historia de la conquista de Chile. Pero Gay, que en vista de los documentos que tenía en sus manos, debió conocer cuán inexactas eran las crónicas impresas y manuscritas en que estaban contados esos mismos sucesos, cometió el error de seguirlas en muchas ocasiones, y esa complacencia lo hizo caer en numerosas equivocaciones y le impidió apreciar más clara y más exactamente los hombres y los sucesos.

En sus investigaciones históricas, don Juan Bautista Muñoz descubrió en la biblioteca del monasterio de Monserrate de Madrid, un volumen en 4° con el título de *Historia de Chile.* Era el manuscrito original y firmado de la crónica del capitán Alonso de Góngora Marmolejo. Muñoz lo hizo copiar con el mayor esmero, conociendo desde el primer momento la importancia fundamental que tenía para la historia de la conquista de este país. La copia de Muñoz se conserva todavía en la biblioteca particular del Rey: el manuscrito original pasó a la biblioteca de la Academia de la Historia después de la supresión de los conventos en España. El capitán Góngora Marmolejo, soldado de claro entendimiento, escribió sin pretensiones ni aparato los sucesos de su tiempo, contando con llaneza y sencillez y juzgando con honradez. Habiendo llegado a Chile en los últimos años del gobierno de Valdivia, su crónica no toma extensión sino desde 1549, pero narra también los hechos anteriores por las noticias que pudo recoger entre sus contemporáneos. En el curso de nuestro libro tendremos ocasión de utilizarla con mucha frecuencia para referir la historia de los sucesos subsiguientes hasta 1575, en que termina esa crónica. Por ahora nos limitamos a decir que ella ha dado mucha luz sobre el gobierno de Valdivia. Publicada por primera vez en Madrid en 1850 en el IV tomo del *Memorial histórico español* bajo el cuidado del célebre erudito don Pascual de Gayangos, ha sido reimpresa en el II tomo de la *Coleccion de historiadores de Chile,* y constituye uno de los más preciosos documentos para estudiar y escribir la historia de la Conquista.

De estos antecedentes, así como de los primeros libros del cabildo de Santiago, se aprovechó don Miguel Luis Amunátegui para escribir los seis magistrales capítulos que ha destinado a Valdivia en su *Descubrimiento i conquista de Chile,* Santiago, 1862. Estudio cabal y completo de los documentos conocidos hasta entonces, gran arte en la exposición y en la narración, buen colorido en el estilo y notable sagacidad en los juicios, son las dotes que dominan en esa obra, cuya lectura recomendamos ardientemente a los que quieran estudiar bien esta parte de nuestra historia. El señor Amunátegui, dejando de mano a los cronistas posteriores a Valdivia, ha buscado la verdad en otras fuentes más seguras, y ha dado a los hechos y a los hombres su verdadera fisonomía. Haciendo el retrato del conquistador de Chile, se ha apartado por completo de los elogios banales esparcidos en las crónicas, elogios vulgares que ni siquiera revelan sus buenas cualidades, y que no sirven en manera alguna para caracterizarlo. El estudio sólido de los hechos, le ha permitido bosquejar la fisonomía moral del Valdivia verdadero, con sus virtudes y sus defectos, pero mucho más real y mucho más grande también que el de los cronistas.

Pero la investigación sobre esta parte de nuestra historia no estaba terminada. Después de muchos meses de rebusca en las bibliotecas y archivos de España durante los años de 1859 y 1860, pudimos recoger una gran

cantidad de documentos que venían a explicar muchos sucesos imperfectamente conocidos, y a descubrir otros desconocidos. La mayor y la mejor parte de esos documentos fue publicada en 1874 en el volumen titulado *Proceso de Pedro de Valdivia*, que hemos citado tantas veces en los capítulos anteriores. La publicación anticipada de esos documentos quita, sin duda, mucho de la novedad que habría tenido esta parte de nuestro libro; pero pone a la disposición de los hombres estudiosos un buen caudal de noticias que es fácil utilizar. De todas maneras, nos lisonjeamos con la idea de que los capítulos concernientes a Valdivia que contiene nuestro libro, encierran el más copioso caudal de datos fidedignos que sea posible recoger en el estado actual de la investigación. Pero no creemos imposible que nuevos investigadores lleguen a descubrir otros antecedentes para completar la historia definitiva de esa era.

En esta revista de las relaciones y documentos que deben considerarse fundamentales para estudiar la historia de Valdivia, debiéramos quizá incluir la crónica de Mariño de Lobera, que hemos citado muchas veces. Desgraciadamente, no ha llegado hasta nosotros la obra original de ese capitán, sino una refundición de mejor forma literaria quizá, pero reformada con innovaciones que le hacen perder su carácter de relación primitiva, y que ha introducido hechos y noticias recogidos en otras fuentes y que carecen de autenticidad y de verdad. El jesuita Bartolomé de Escobar, autor de esta refundición, declara terminantemente en varios pasajes del libro (véase entre otros la p. 260), que su obra es formada sobre el manuscrito de Mariño de Lobera con informes escritos y orales de otras personas. Más tarde, cuando tengamos que utilizar la parte más fidedigna de este libro, daremos más amplias noticias acerca de él y de su autor. Entonces también examinaremos más detenidamente las otras fuentes primitivas de los primeros años de nuestra historia, la crónica de Góngora Marmolejo y el poema de don Alonso de Ercilla.